

EL MUNDO ILUSTRADO

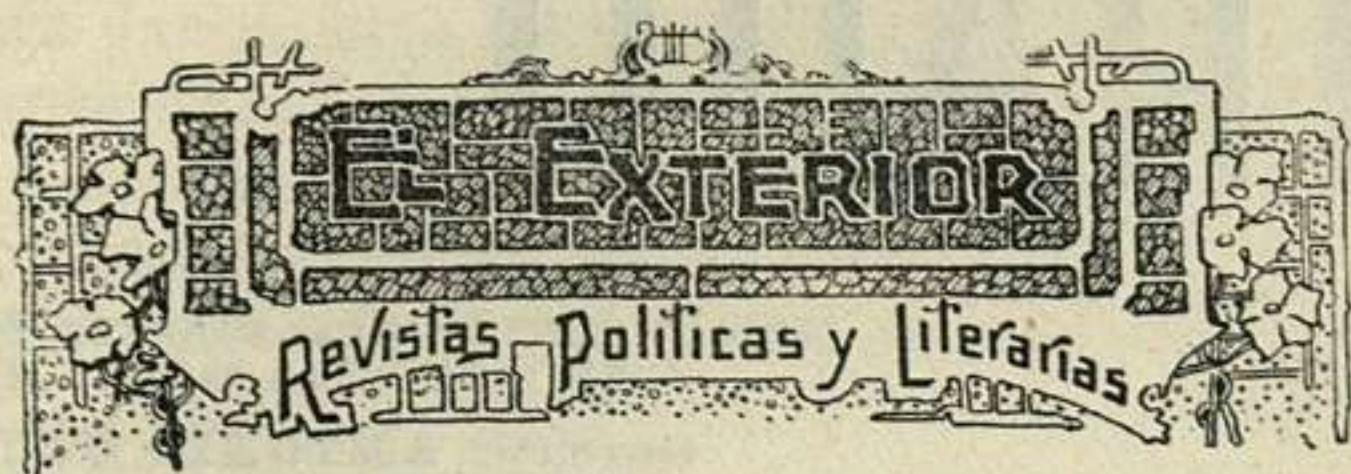
AÑO VII--TOMO II--NÚM. 10
Director: Lic. RAFAEL REYES SPÍNDOLA.

MÉXICO, SEMPTIEMBRE 2 DE 1900.

SUBSCRIPCIÓN MENSUAL FORANEA, \$1.50
ÍDEM ÍDEM EN LA CAPITAL, \$1.25
Gerente: ANTONIO GUYÁS

ELENA, Reina de ITALIA





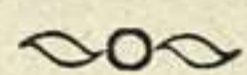
1. Australáfrica.--2. En la tierra de los tibores.--3. ¿Existe Europa?

1.—Claro es, lectores, que ni vosotros ni yo habríamos hecho la guerra del Transvaal; sí, pero una vez hecha, añadirán muchos, es preciso empujarla á sus últimas consecuencias para terminarla pronto. Esa ha sido con efecto la política de Lord Roberts en consonancia perfecta con la de Mr. Chamberlái; severo con los prisioneros, duro y cruel con los vencidos, nada inhumano, quizás, nada por lo menos distinto de lo que han hecho ahora y siempre los conquistadores. Y no me refiero á la ejecución del oficial conspirador Cordua, que era inevitable, y desde el punto de vista inglés perfectamente justa, sino á un conjunto de medidas que atizan admirablemente y por muchas decenas de años el odio y la guerra. Puede asegurarse que las nueve décimas partes de los rendidos y sometidos, si son deportados, dejando en sus familias esa levadura de rencor silencioso, sombrío y creciente de generación en generación de todos los pueblos bíblicos, y, sobre todo, de los que aún bajo el barniz más ó menos espeso de la cultura moderna, se conservan broncos, salvajes y huraños por el contacto perenne con una naturaleza ruda y bravía. Los que se quedan en sus granjas, en sus ranchos sumisos y temerosos, en apariencia, vigilados y desarmados, doblarán la cabeza mientras rehacen sus fuerzas, reparan sus módicas fortunas y recobran sus armas perdidas: y cuando la ocupación militar afloje ó termine, lo que á la larga es indefectible, la lucha volverá tenaz y terrible; hasta ayer era una empresa heroica; desde mañana será un deber santo.

Y mientras esto pasa, los que quedan en pie, los combatientes, los soldados de Botha, de Dewet, de Delarey, abandonando la guerra en grande, se fraccionan en gruesas partidas que pasan y repasan el Vaal por entre los innumerables regimientos de Kitchener y Baden-Powell, acarreado largos convoyes, custodiando su artillería y sin desperdiciar coyuntura de asegurar un golpe que no merme físicamente el gigantesco ejército de Roberts, pero si lo disminuye moralmente y lo fatiga y lo aburre, hoy entre los hielos de los ventisqueros, que no son para aterrar ciertamente ni á los escoceses ni á los canadienses y mañana, si la lucha se prolonga, en la horrible hornaza del estío austral, en la que viven los boers como salamandras y en la que los soldados de las razas frías piensan con horror, como la perspectiva de un enorme suicidio colectivo. Otros, como Olivier, sucumben en su obstinación heroica de tomar plazas bien defendidas; mas en todo se revela la persistente decisión de pelear.

Lord Roberts y el General French, el más completo hombre de guerra, que ha brotado de la lucha sud-africana, van al frente de dos formidables columnas á asaltar por el Este y el Oeste la guarida del viejo Kruger, que es capaz de haber renunciado á su sombrero de copa (contemporáneo del mío, que ha visto revolotear en torno suyo diez modas diversas y permanece firme, aunque opacos y borrosos los ocho reflejos clásicos de las chisteras nuevas) pero que es incapáz de renunciar ni á la fe ni á la esperanza. Y entre tanto, al Sur de la línea ferroviaria en que el Presidente había establecido su cuartel general bajo la guardia de Luis Botha para poderse retirar al territorio portugués ó al Norte, un desastre muy semejante á alguno de los que subrayaron de negro las primeras etapas de la guerra, señala el laboriosísimo avance de Buller hacia la línea férrea de Pretoria á Lorenzo Márquez, viniendo del Sur, en donde al fin ha logrado ya reunirse con Roberts y French para dirigirse juntos á la comarca aspérrima de Lydenburg, en donde se dibuja formidable la resistencia, pero que á fuerza de empujar seis hombres sobre uno, sabrán vencer los ingleses y acaso lo sepan ya mis lectores al recorrer estas líneas.

Así podrá considerarse redondeada la ocupación militar del Transvaal; pero no la guerra, nos lo tememos mucho. Se habrá cerrado la era de las batallas y se abrirá la de los combates, las tempestades habrán concluído, dejando la tierra empantanada de odio y de sangre, y seguirán los moscos por largo, muy largo tiempo, opinamos todos en América, entre los 50 grados de latitud N. y los 50 grados de latitud S., que habría sido mejor una paz respetuosa de la autonomía de los estados federados y consolidadora de la situación de los extranjeros, ribeteada de una gran indemnización que imposibilitara á los "boers" rearmarse durante veinte años que esta lucha sin salida, sin término. Pero el señor Ministro de las Colonias de la reina Victoria (q. D. g.) no nos hará caso con el frívolo pretexto de que conoce mejor el asunto que los periodistas de citra-mar. Y después de todo, es cierto.



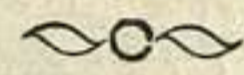
2.—El Emperador Kwang-Su ha huido con la Emperatriz; el Emperador Kwang-Su tiene un cáncer en la garganta; el Emperador Kwang-Su ha caído en poder de los japoneses, tal es un fragmento del último monólogo del cable: el Emperador Kwang-Su, digo yo, es una víctima, es la gran víctima del embrollo chino. Es un débil este hombre, pero es un simpático; su tía y madre adoptiva, la Emperatriz Tse-chi, lo colocó desde niño en el trono para hacer de él un "fantoccio," un títere cuyos hilos ella sola debería manejar. Pero en este pobre enfermo hay una personalidad que se debate dolorosamente, hoy sofocada por las grandes patas compresoras de la araña implacable que lo domina, á veces haciendo el ruido y el esfuerzo de la mosca que se agita y envuelve en la tela sutil, en cuyo centro espía el verdugo, como cuando se empeñó en reformar el imperio con unos cuantos ideólogos generosos, bajo los auspicios de la Gran Bretaña que fué impotente para salvarlo. ¿Habéis leído esos dramillas escritos para títeres por Mauricio Maeterlink, tan sencillos y aterradores y angustiosos que son capaces de hacer contraer á un predispuerto, una enfermedad del corazón? En uno de ellos "La muerte de Tintagiles" hay una reina, una mata-niños, que nadie ve, que nadie oye, que yace en el silencio, en la sombra detrás de una inexorable puerta de fierro, pero que se siente como un aliento frío de tumba en todos los instantes del drama, algo así debe de ser Tse-chi para este pobre Tintagiles de treinta años que se llama el Emperador Kwang-Sú.

Fijaos en esta escena: el Emperador está enfermo; arrinconado en un pabellón escondido de la ciudad prohibida, dentro del recinto imperial, algunos, en Europa y América, casi todos, dudaban ya de su existencia; creían que la Emperatriz después del golpe de estado reaccionario de 98, le había hecho tragar las clásicas hojas de oro; Tse-chi, muy picada por estos rumores, quiso demostrar que su pupilo vivía é hizo convocar á los mejores médicos del Celeste Imperio, para que se reuniesen en Peking y dictaminasen sobre la salud del Emperador. ¡Oh! no; la inteligente mujer jamás pretendió ponerlos de acuerdo, en Peking lo mismo que en París, Berlín, New York y México, la medicina es el arte del desacuerdo de los médicos; esto lo sabía bien su majestad: lo que quería era que los médicos certificaran ante el mundo que "el hijo del cielo" vivía, pero que estaba enfermo, para que nadie se llamase á sorprendido si se moría.

Entre los doctores que fueron á la famosa consulta, estaba Chen-lianfang, el mismo de quien hablan los cablegramas y que ha contado la aventura. El viejo Chen (tiene más de setenta años) fué recibido por el Emperador, á quien había visto ya un doctor francés, cuyos diagnósticos y pronósticos habían sido conocidos por el protomedicato palaciego con la más respetuosa deferencia y el más absoluto desprecio. No hay un sólo doctor chino que crea en la ciencia terapéutica de un colega extranjero, en lo que se parecen á esos colegas; la diferencia, es decir, la superioridad de los colegas extranjeros sobre los chinos, consiste en que estos si creen en su propia ciencia ¡oh! candor confucino!

Pero sea como fuere, Chen visitó al Empera-

dor é hizo su declaración cabalística sobre vapores é influencias malignas; esa era la causa, pero el efecto era una afección crónica de las vías respiratorias, un estado de ansiedad febril y de depresión intelectual que se parece mucho al miedo del pobrecillo Tintagiles de Maeterlink. Hasta aquí nada de muy particular; lo curioso es la descripción de la visita: Chen, de rodillas y pegando con frecuencia la frente al suelo atravesó una larga galería, y en esta postura penetró en la Cámara imperial, en la que sentados junto á una mesa, lo aguardaban Kwang-Su y la regente. Muy pálido el rostro oval en que brillaban rápidamente dos ojos febriles sobre una nariz aguileña, el Emperador pareció al médico un extranjero. El médico no podía interrogar ¿quién lo osaría? A aquel ente divino enfermo de la garganta no se le interrogaba nunca! Apenas pudo palparle una mano, sin tomarle el pulso; habría sido una profanación. La Emperatriz era quien describía la enfermedad; cuando hubo concluído el augusto monólogo, el médico se retiró; hizo otra visita; habría querido aconsejar que no se tuviese al paciente sujeto de un modo indefinido al régimen de arroz puro, más la etiqueta se lo vedaba; se calló, recibió dos trajes en pago de su consulta y procuró retirarse. ¿Ha vuelto desde entonces á Peking; ha podido llegar al diagnóstico que se le atribuye: cáncer en la garganta? No sé; pero sí puede asegurarse que el imperial enfermo ha de desear escurrirse del trono y caer en poder de sus enemigos como una redención y que más miedo ha de tener á los toques de jarabe de dragón que le ministre su madre putativa, que al cuchillo del Dr. Bergman que haría el viaje de Berlín á Peking con mil amores por tener el gusto de estirpar con admirable destreza el tumor maligno de la celeste garganta y la vida quizás; eso sí, habría que pagar al médico alemán algunos millares de tael más que al doctor Chen-lianfang.

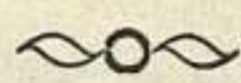


3.—Los aliados ocupan, ó mejor dicho, recorren desde hace quince días las calles fangosas y pestilentes de Peking, desordenada é inmensa aglomeración de casas y chozas abigarradas entre las cuales discurren dos millones de personas y tres de animales, desde el mandarín de botón rojo llevado en palanquín y armado de abanico, magestuoso é impenetrable como un gran tabor de la familia azul, hasta el mendigo inflado y deformado por la lepra que se arrastra en los charcos y bahes de las calles interminables disputando á los batallones de perros famélicos las inmundicias del arrollo. Los aliados han logrado salvar á los embajadores, apoderarse de los muros de la ciudad prohibida, dominar el palacio imperial, que han dejado intacto (algo daría yo por registrarlo y saciar, honradamente, mis ojos con los marfiles, los bronceos, las porcelanas, las lacas y las telas y hasta por beber unos sorbos de té, del té sagrado de los emperadores, en la misma tasa minúscula de ideas, porcelana en que la Emperatriz pone los pintados labios) y partiendo de allí van á las misiones, al hospital á salvar á los chinos cristianos y á armarlos para que se defiendan.

Claro es que la triple capital ha de guardar en su laberinto, detrás de los bigotazos de sus tártaros y delante de las coletas de sus chinos auténticos, algunos millares de boxers y no pocos oficiales del ejército regular, autor verdadero de la guerra, el mismo que defendió los fuertes en Taku y ametralló las legaciones, dejando pasar entre dos tandas de bombas, unas cuantas canastas de legumbres podridas. Claro es que en las sombras y recovecos de las casas y palacios se esconden príncipes y ministros y que todos, pasado el período de estupor, espían y atisban, y claro que hacen bien y cierto que para cuidar y vigilar todo esto no bastará el ejército aliado transformado en cuerpo de policía. Mas esto es transitorio, los contingentes se aumentan, los rusos tienen ya un ejército en Mandchuria, los japoneses desembarcan destacamentos todos los días, ya comienzan á llegar los cuerpos alemanes, pronto les seguirán los franceses y Waldersee tendrá á sus órdenes cien mil hombres utilizables.

Muchos periódicos franceses se han desgañado gritando contra el ministerio actual por este nombramiento; eterna historia de "Tapageurs,"

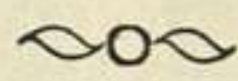
para quienes la razón y la reflexión nada significan; la designación del jefe alemán era fatal; los rusos no habrían consentido en un jefe japonés, ni en un inglés los franceses; los ingleses no habrían marchado á las órdenes de un ruso; era preciso buscar al hombre en la segunda línea de los interesados y representados en el ejército, para no causar celos y dar al traste con el concierto de las potencias: los americanos declaraban que su acción en China era forzosamente limitada y les estaría mal conducir la guerra; los franceses que su participación, subordinada á sus intereses del Sur, no iría quizás hasta donde la de los otros fueran. Los alemanes quedaban; con beneplácito todos y silenciosamente Francia, los gobiernos aliados aceptaron la indicación de Rusia; y el joven Kaiser, para no herir susceptibilidades, consultó uno por uno á los aliados, y cuando de ninguno recibió repulsa, nombró, para mostrar en cuánto apreciaba el honor que al imperio se confería, al generalísimo de los ejércitos alemanes, al designado para tomar la dirección general del Ejército imperial en caso de un conflicto europeo. Y vistas las cosas así ¿qué tenía que oponer el gobierno francés y qué podía objetar? No le quedaba más camino que inclinarse cortesmente ante el hecho ó retirar su espada del conflicto, lo que equivalía á renunciar á su puesto en Europa. Por esta razón no creo verídico el rumor que nos transmitía el cable hace tres días sobre la decisión, atribuida á Francia, de concentrar sus contingentes en el Touhin y trabajar exclusivamente "pro domo sua;" sería una torpeza y su actitud respecto del almirante Seymour que parecía querer bosquejar la ocupación militar de la cuenca del Yangtsé-kiang por los britanos, demuestra á las claras que no consiente en desentenderse de los asuntos generales en China.



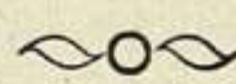
Resulta la situación bien grave aun después de la ocupación de Peking; porque una cosa resulta demostrada: á pesar de la ficción de la no existencia oficial de la guerra, aun cuando sea evidente el estado de guerra, no cabe duda que la Emperatriz ha sido el alma de la conflagración china; que lo haya hecho por salvar á la dinastía, puede ser; por odio invencible á los diablos del occidente también; agente del príncipe Tuán, su último asociado en la tutela del Emperador, ó el príncipe Tuán agente suyo, eso no lo sabemos; pero íntimamente asociados en la realización de un designio, es seguro. Y lo repetimos, la mujer es inteligente y es prudente; el enorme viejo Li-Hung-Chang, la refleja, es su pálido reflejo: rencor absoluto, compuesto de desprecio, de orgullo y de rabia contra todo lo extranjero, tal es el elemento primordial en esos espíritus, es lo irreductible; pero en la Emperatriz y en el Virrey, este odio aparecía hasta hoy barnizado de cortesía diplomática, por el hondo sentimiento de la debilidad del imperio ante la fuerza extranjera: esta China ventruda frente á frente al Japón, había hecho el efecto de un tabor de porcelana frente á un rifle; un tabor que se defendiera con los dragones de oro esmaltados en él. Por eso todo era cautela, sonrisa y afabilidad con los enviados de fuera. En cambio con los chinos traidores y sacrilegos que adoptasen lo que venía de fuera é hiciesen causa común con la civilización extraña, con esos no podía haber piedad. Y cuando ese contagio de ideas exóticas subió hasta el trono de Wang-Su, ni la Emperatriz ni el viejo astuto á quien acababan de secuestrar en Takú los jefes de las escuadras aliadas, no hubo vacilación posible: reducir á la impotencia al Emperador, torcerles el pescuezo á unas cuantas docenas de sus colaboradores, fué para la terrible señora la obra de un instante.

Muchos creímos, yo entre ellos, que después de este golpe de estado, la Emperatriz seguiría una política conservadora y nacionalista, eso sí, pero amiga de las mejoras materiales y benévola hacia los rusos cuando menos; así lo afirmé aquí mismo bajo la fe del obispo Farié á quien acaba de salvar con sus heroicos compañeros, el General Frey, en los suburbios de Peking. ¿Qué pasó? Aquí todo es obscuro; pero se vislumbra que la reacción iniciada por Tsé-chí, fué más allá de lo que ella se imaginaba, que bajo la razón social de "boxers" se aliaron las sociedades secretas del Chang-tun,

del Pe-tchilí, de la Mandchuria, y que el movimiento cunde é incendia en estos instantes á la mayor parte de los virreinos chinos. Este movimiento tenía una dirección: la exterminación de los convertidos, la destrucción de las obras de los cristianos, el príncipe Tuan se embarcó en aquella irresistible corriente é hizo subir á bordo á la Emperatriz y al Emperador. Tse-chí perdió así su capital y sus tesoros, pero conservó y acrecentó su popularidad que es inmensa. Los aliados harán bien de tratar de apoderarse de ella y de perseguirla hasta en las regiones montañosas de la cuenca del Hoang-ho, en donde se ha refugiado; hoy por hoy es la bandera y el talismán del imperio; hay que tomarla; hay que hacer lo que dicen que Cortés hizo en Otumba, para desarmar á las innumerables huestes aztecas: apoderarse del estandarte.



Algunos pesimistas niegan la existencia de Europa como entidad capaz de un designio común á pesar de la unidad de su civilización y del tamaño de sus empresas exteriores. Geográficamente es bien insignificante ¿no es cierto? No es más que un apéndice occidental del Asia; sino que en ese apéndice se arremolinó y se afirmó, tras una sangrienta selección operada por los siglos, una porción de la humanidad que en las orillas del Mediterráneo encendió un faro, cuya luz deshizo la tiniebla del espíritu, Atenas; para tomar conciencia de sí misma la humanidad, comprimida entre el Mediterráneo y el Atlántico, entró por grupos sucesivos dentro de la irradiación de aquel lumínar incomparable. De todo esto viene lo que se llama Europa; ambicionó gobernar al mundo; pero para ello no basta la fuerza mental, es necesaria la del sentimiento, la del corazón, á esa necesidad respondió el cristianismo, ese otro faro se encendió más alto, en el cielo, anheló iluminar más, iluminar al mundo: empieza todavía. Pero esto me diréis es una Europa moral, discutible por cierto y una Europa geográfica que indiscutiblemente es casi nada; pero una Europa política ¿dónde está?



Inglaterra quiere para restaurar á sus propios ojos su decadente prestigio, una guerra marítima con Francia; hablo no de la Inglaterra-pueblo, no de la Inglaterra-gobierno, modelo de corrección internacional; Francia no se dejará arrastrar, el pueblo quisiera, pero siente lo peligroso de la aventura; el gobierno está resuelto á no dar motivo para el conflicto y no lo dará, sin embargo, existe un vago sentimiento de que es un duelo aplazado; pero el duelo no se verificará mientras las escuadras rusas y alemanas no estén en posición de garantizar la absoluta neutralidad de los mares asiáticos. Muy lejos está semejante suceso, y mejor es; una guerra entre Francia y la Gran Bretaña sería una catástrofe para la civilización humana.

En los Balkanes no andan las cosas bien tampoco; el príncipe Fernando de Bulgaria, busca, según parece, una corona regia y quiere armarla sobre una orla de laurel; primero amigo resuelto de Austria (era un oficial austriaco) hoy ha reconquistado, según se cree, la amistad moscovita y para hacer la corte al Tsar, hizo bautizar á su hijo en la religión cismática; fuerte con el apoyo de Rusia, quiere completar su doble Bulgaria por el lado de Macedonia, en donde los búlgaros abundan y no lo amedrenta una guerra con el Sultán, seguramente porque supone que los rusos pasarían el Danubio ó forzarían el Bósforo para sostenerlo. ¿Y Rumanía, el reino semi-latino que separa á los semi-eslabos búlgaros de Rusia, qué actitud tomaría, llegado este caso? ¿Le convendría un fuerte reino de Bulgaria al Sur y el imperio ruso al Norte? Probablemente no; el hecho es que en Sofía se organizan sociedades búlgaras para trastornar el orden en Rumanía y que alguno de sus emisarios han logrado cometer un terrible asesinato en Bukarest y esto ha subido la temperatura de los ánimos en Rumanía, que ha exigido al príncipe Fernando ciertas medidas de represión, exigencias contestadas por la movilización de los regimientos búlgaros.

El Rey de Rumanía es un Hohenzollern, es

decir, un hombre que ha nacido con la convicción hereditaria de que un rey sin ejército es un rey sin trono, y mientras en sus parlamentos los representantes de las tendencias latinas, ó mejor dicho, francesas, disputan el campo á los que representan las aficiones germánicas; él sólo se ha preocupado en dar por turno el poder á unos y á otros ó en formar gabinetes de conciliación, como el flamante que acaba de formarse bajo la dirección del Sr. Carp, y se ha reservado la consolidación é instrucción de un ejército que ya dió muestras de su importancia durante el conflicto tureco-ruso.

Yo creo que en caso de guerra, los rumanos batirían á los búlgaros; pero no creo en el caso de guerra, porque la Europa grande, la de los tutores, las dobles y triples alianzas dirán "no," llegado el caso. Entonces habría que empezar á creer en la existencia de Europa.

Justo Sierra.

SADA YAKO.

Si álguien me hubiera dicho que en este templo del arte dramático, al lado de Sarah Bernhardt, de Refane, de Juana Elading y de Maud Sully, una artista exótica, semi-bárbara, oriental, había de despertar la emoción trágica en mi alma, hacer erizarse mis cabellos y correr por mi cuerpo todo el calor del horror, jamás lo hubiera creído.

Lo hubiera creído, tanto menos cuanto que ya he adquirido la experiencia del teatro exótico, que he presenciado espectáculos siameses, oído Operas del Tanquín, visto Ballets de Java y asistido á las proezas de los tipos grotescos de Turquía y de los semidioses brutales de la India.

Generalmente en esas epopeyas representadas, cantadas y bailadas, el argumento es nulo y la intriga brilla por su ausencia. Nada de lo que es la vida real aparece; los personajes son fabulosos, los hechos fantásticos, las pasiones extrahumanas. Desfiles y combates de ejércitos, realización de milagros y prodigios. Los personajes son dioses ó monstruos: echan fuego por la boca, descienden de las nubes. No aman nunca; el amor que es el eje del drama en los pueblos civilizados, parece proscrito en esas leyendas primitivas. Hay como móviles de la exigua acción, el odio sin motivo, la envidia sin justicia y la sed insaciable de poder y de mando. Se mata á "troche y moche;" se combate sin ton ni son. Todo el atrezzo son flechas y lanzas, hasta el vestuario, cascos y armaduras; todo el decorado campos de batalla ó ciudades arrasadas. El poema es una monótona repetición de las mismas batallas y el estilo un perpétuo alarido de victoria ó un constante rugido de derrota.

Los actores, huyendo de la realidad, enmascarados ó pintarrajeados, no aspiran á imitar ni la actitud, ni la expresión fisiológica, ni el lenguaje de las pasiones. Todo es en ellos convencional y casi hierático, la gesticulación, el acento, los movimientos. Los más distinguidos, los más talentosos, los "premiers roles" gritan más que las "partes de por medio" y los partiquinos, esa es toda la diferencia. Aquello es teatro como el huevo es águila, tan sólo en calidad de germen y el lector se formará una idea de este género de espectáculos si ha asistido á un baile de "huehuenches" atacados de "delirium tremens." Lo que sorprende es que de ese feto tan monstruoso, la civilización haya sacado un ser tan armonioso, un arte tan perfecto.

En el Japón ya es otra cosa, á juzgar por lo que aquí hemos visto. El drama comienza ya á copiar, á imitar la vida. Hay ya un argumento; un bosquejo de desarrollo de la acción, un nudo de intriga, un desenlace, y el amor figura como Deus ex Machina del drama.

Pero más que el poema mismo llaman la atención los actores. Buscan la verdad y la realidad; visten trajes humanos; llevan la cara descubierta y visible; tienen expresión en la mirada, en la actitud, en el ademán; siguen con el acento los variadas matices de las pasiones. Mezclan, según lo prescribe el poema y lo enseña la vida, la no-

ta cómica á la nota dramática; estilo de un tal Shakespeare.

Claro es que hay aún en su juego candideces de niños y torpezas de aprendiz; que, á veces, se cree asistir á una comedia casera; que hay aún incertidumbres y tropiezos en el desempeño; pero en medio de todo esto se descubre la intención, la ambición, diríamos, de constituir con elementos exóticos un arte moderno y el esfuerzo por alcanzar la perfección.

El drama japonés que hoy se representa se llama Ghesa y el Caballero, título digno de la época de Lope de Rueda y consiste en una mujer enamorada y perseguida por un audaz seductor; el amante y el seductor tienen un encuentro, en el que aquél resulta herido y se le creó muerto. El asesino huye; Ghesa jura venganza; busca al seductor, lo encuentra refugiado en un templo, lo acomete, lucha con él y le da muerte.

Horrorizada de su crimen se siente morir y muere á la vez de terror y de gozo, al sentirse en los brazos del amante á quien creó muerto.

Sada Yako es la admirable intérprete del papel de Ghesa. Alta, esbelta, admirablemente formada, dotada de una cabellera opulenta, propia de su sexo y de su raza, lleva en sus oblicuos ojos negros todas las auroras y todos los relámpagos, como en su voz todas las caricias y todas las tempestades. Oh! cuántas artistas de renombre, encumbradas al pináculo á fuerza de reclamo y de gastos de prensa, envidiarían su talento y su gracia y cuánto no podrían aprender de ella muchos primeros premios de muchos conservatorios.

En la escena de la seducción, nada más noble que su actitud, nada más activo que su ademán, nada más severo que su acento. Es la mujer casta, pura y enamorada en presencia de la pasión brutal que trata de perderla y de la que no participa, porque ama á otro. Hay repulsa, repugnancia, desprecio por el seductor; pero discretos, contenidos, por su virtud y su rango. Llega su amado y aquella Lucrecia se funde en ternura. Hay que ver su aire de triunfo al verse protegida por su natural defensor, su angustia en el momento del reto y sus trances y su dolor durante el combate de los dos rivales. Su grito desgarrador al ver bañado en sangre á su prometido y su orgullo formidable y acusador ante el asesino, son prodigiosos, y el valiente y el triunfador, ante aquella mirada, siente miedo y huye.

Pero en donde Sada Yako, la Ristori japonesa, raya en lo sobrehumano y en lo sobrenatural, es en la escena en que lucha con su pretendiente y en aquella en que vuelve á ver á su amado y muere. Entra al templo, el vestido en desorden, la mirada extraviada, la nariz dilatada, jadeante, respirando odio y venganza. Su opulenta cabellera negra, desmelenada y flotante se eriza horri-

blemente sobre su cráneo; empuña una macana y busca á saltos por todas partes al objeto de su odio para exterminarlo. No es una mujer; es una Euménide coronada de víboras, una pantera furiosa que llevara melena de león.

La lucha es formidable, de un realismo espantoso, que hace temer una catástrofe. Ciega, impetuosa, hercúlea, porque se agiganta en ese momento, asesta golpes de muerte; mas no fingidos golpes de teatro mesurados y mal dirigidos, sino verdaderos mazazos de combate. Su adversario, con infinita habilidad, se esquivo, se escuda, huye, y ella, implacable, lo persigue y acosa. Nada comparable, en ese orden de ideas, he visto en teatro alguno. Se siente horror y terror en presencia de aquella sangrienta escena.

Muerto el seductor, aquella naturaleza pura y buena, nacida para el hogar y no para el combate, llamada á la maternidad y no al asesinato, predestinada á la ternura y no al odio, siente indecible y espantosa repugnancia. Todo su ser moral protesta contra su crimen; corren calofríos por todo su cuerpo; sacúdense en convulsiones todas sus fibras; marmórea y rígida, contraídos los labios, trabada, semi asfixiada, palidece, sus labios azulean, sus ojos se hundan y

se circuyen de negras sombras, tuécese la mirada, erizanse sus cabellos y á la voz del amante aquella furia tiene súbitamente una sonrisa angelical de gozo y de sorpresa, quiere en vano hablar y llorar, no lo puede y cae desplomada.

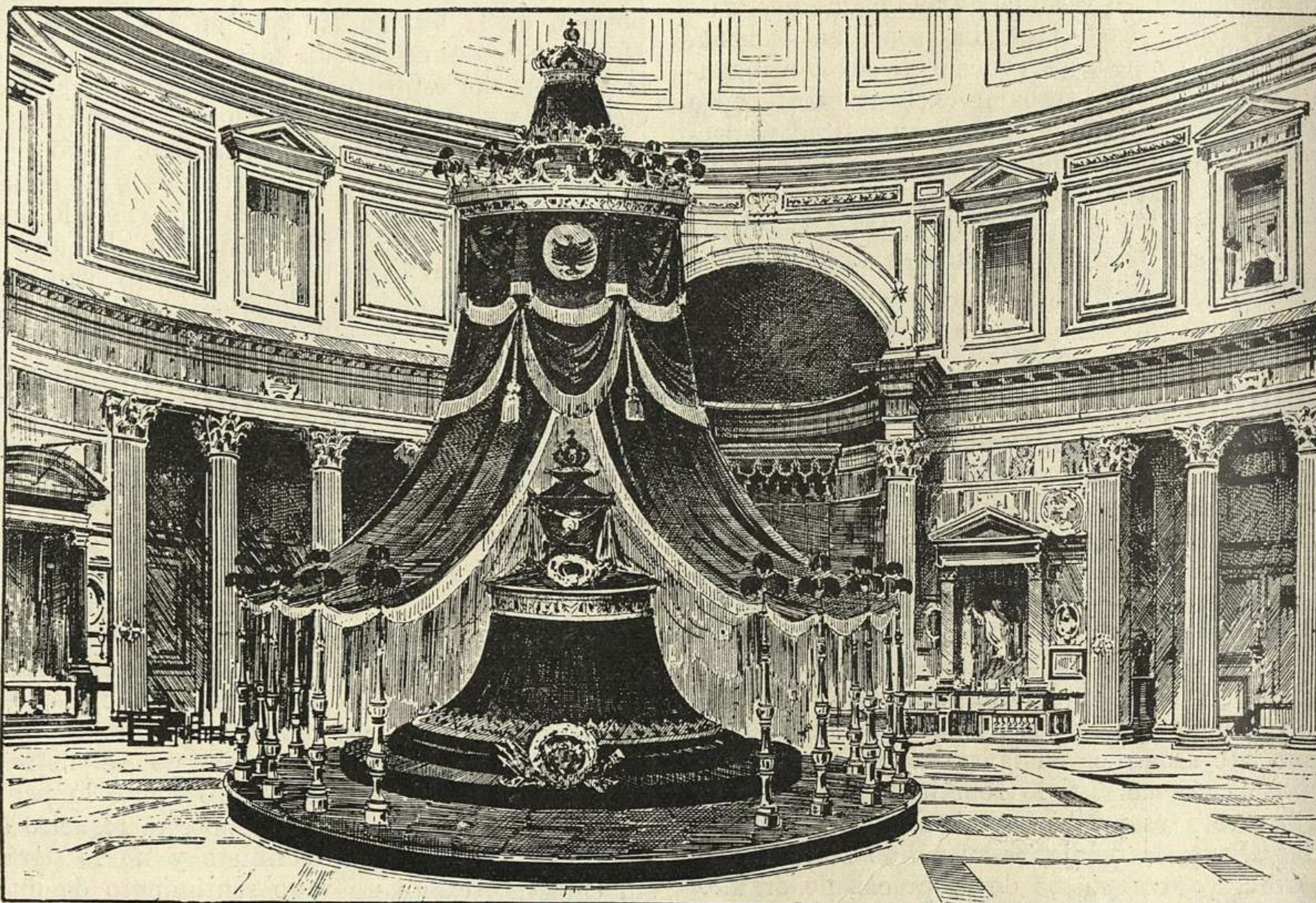
Es el triunfo de la mímica y de la expresión pasional. Nadie después de la Ristori ha llegado á tanto. Sarah muere con distinción, como una marquesita del siglo XVIII; Maunet Sully suele morir como soldado. Sólo á Sada Yako le es dado morir á la vez como las gorganas, luchando, y como los ángeles, sonriendo.

Dr. M. Flores.

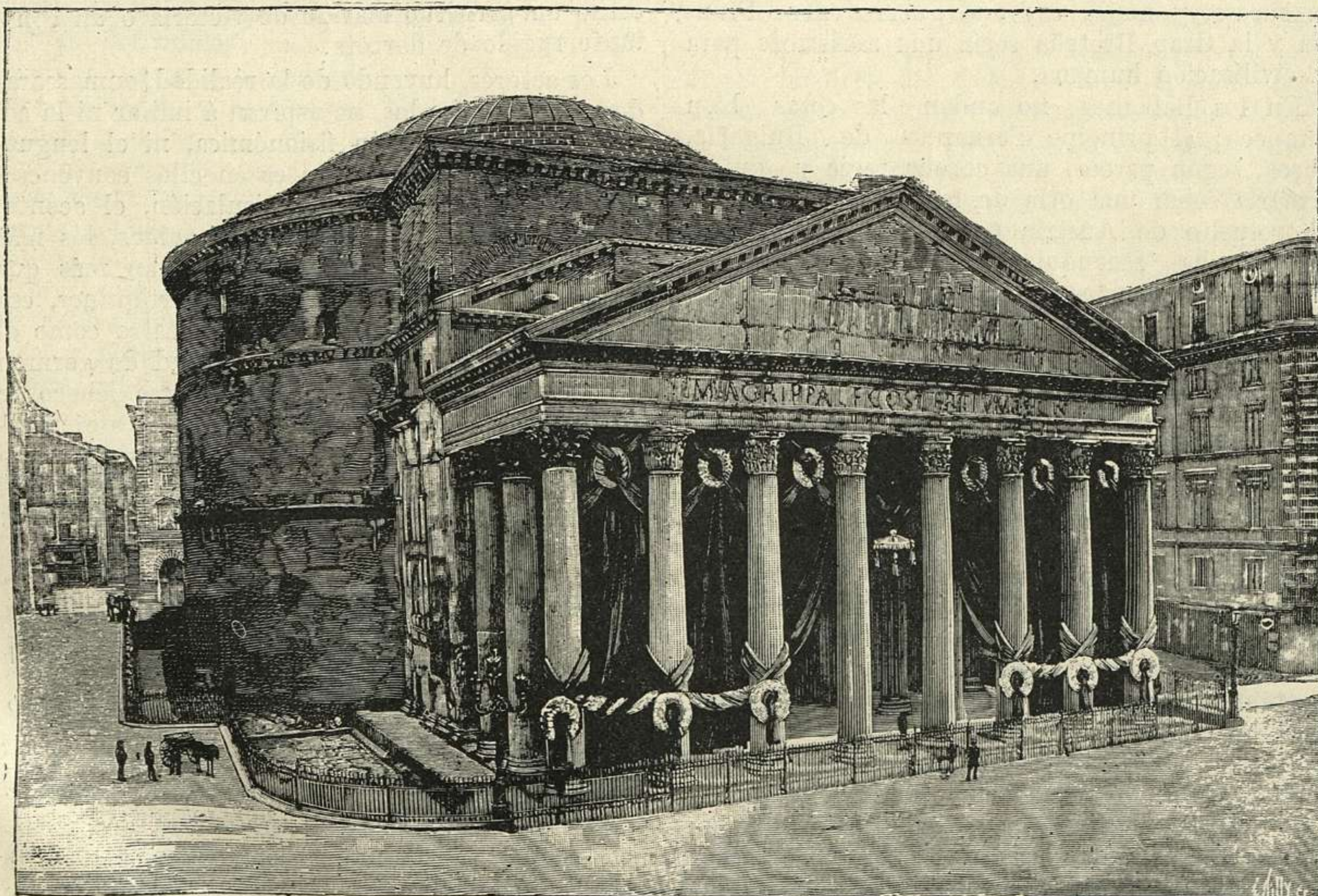
Los funerales del Rey Humberto.

El jueves 9 del pasado Agosto, tuvieron lugar en Roma los suntuosos funerales del rey Humberto I de Italia, asesinado en Monza, transportándose directamente de la estación al Pantheon el cadáver del soberano á su llegada á la capital italiana.

Uno de nuestros grabados representa la fachada del antiguo monumento decorado para los



Catafalco en el interior del Pantheon.



Adorno en el exterior del Pantheon.

funerales reales. Bajo los pórticos exteriores, decorados de tapicerías y de escudos, se habían erigido dos altares coronados de cirios funerarios, al pie de los cuales se amontonaban las innumerables coronas que no habían podido encontrar lugar en la iglesia.

El otro grabado muestra el aspecto de la decoración interior, de un efecto grandioso. El catafalco estaba levantado bajo la cúpula; afectaba la forma circular, como el mismo recinto en que se erguía, y estaba compuesto en su base por una serie de plataformas en que fueron colocadas las coronas enviadas por los miembros de la familia real, los soberanos extranjeros y los altos dignatarios. En la cima sostenía el féretro, á una altura de más de siete metros sobre la superficie del suelo, una especie de columna cónica, detrás de la cual se disimulaba la báscula que había sido necesaria emplear para subir hasta ella el expresado féretro, que pesaba como 300 kilos. De lo alto de una cornisa se desprendía hasta el suelo tapicería de terciopelo violeta, bordados de ornamentaciones en plata; cien lámparas incandescentes dispuestas en círculo, alumbraban el conjunto, mientras que sobre el féretro se proyectaba un foco de luz eléctrica.

Después de la ceremonia religiosa, se colocaron en el nicho situado detrás del altar mayor, los despojos mortales del rey Humberto, en el lugar en que reposan los restos de su padre Víctor Manuel II.

El Baile del Club Hípico Alemán.

En la crónica de los salones de México preponderó la fiesta que el "Club Hípico Alemán" organizó para la noche del sábado 25 del mes que acaba de transcurrir.

No con frecuencia figura en los ecos de sociedad una nota de esquisitismo semejante al que dió tintas de suceso en la fiesta de la agrupación extranjera que nos ocupa.

Festival donde se tremoló la flámula del entusiasmo teutón para que, reinando las características de nuestro medio y de nuestra raza, se aspirara el ambiente de aquél país ardoroso en sus sentimientos y férvido en sus devociones sociales.

El edificio del Casino alemán tiene poca necesidad del efectismo de la decoración y basta su majestuosa arquitectura y su propia y rica indumentaria para transformarlo en cualquier momento en extraordinaria mansión de fiestas.

Por esto, todo fué prender flores sobre las colgaduras, atenuar el feerismo de las luces entre guirnaldas y haces de rosas y prender en los techos de los cuatro amplios corredores flamulillas blasonadas. Así, en sencillísima ornación, se albergaba la fiesta elegante y rica en entusiasmo y armonías.

La concurrencia era muy numerosa y selecta. Las damas lucían magníficos tocados en consonancia con las últimas prescripciones de la moda y entre joyas, sedas y flores hicieron brillar la elegancia del porte y la belleza de los semblantes.

La marcha con que se rompió el baile fué dirigida por el señor Diener y la señora Neugebauer, resultando el número perfectamente bailado y enriquecido con figuras del mejor gusto.

El preámbulo para invitar al baile del cotillón, no pudo ser más original: se presentaron en el salón de la fiesta un caballero y dos heraldos; los tres vestían trajes adecuados y característicos de la época en que el cotillón hizo su entrada triunfal en los salones aristocráticos de la vieja Europa. Los tres personajes citados precedían la llegada de un carro con flores, que las damas habrían de tomar para que la suerte les señalara el compañero en la primera figura del exótico baile. Los



Vista tomada en el salón del baile.

caballeros recogían sus distintivos del cuerpo de un monstruo que formaba parte del cortejo conducido por el personaje anunciador.

Después de la primera figura llegaron unos "hombres del polo" rodando enormes "scheneeball," en cuyo interior había una multitud de pequeños globos pletóricos de confetti, que estallaban al más suave choque. Al romperse la primer "schneeball," dió principio el combate y pronto la sala quedó tapizada de una finjida capa de nieve, que producía el mejor efecto decorativo. El cotillón terminó en medio de aplausos y de desbordantes alegrías.

La fiesta siguió sus mejores horas hasta que se anunció la luz del nuevo día.

Ha dejado muy gratos recuerdos en la sociedad mexicana la recepción organizada por el "Club

Hípico Alemán," y no podía esperarse menos, dada la simpatía de que goza la colonia por sus altos méritos sociales.

Ilustramos estas líneas con unas impresiones fotográficas tomadas a la hora precisa de la fiesta.

El "Club Hípico Alemán," tal vez el primero en su género en la República, fué fundado el año de 1880 por los distinguidos alemanes Ricardo Diener, Rodolfo Hoecker, WinKelmann, A. de Chapeauroge, y otros.

El ojejo de la sociedad es hacer progresar entre los miembros todo lo que se refiere á los ejercicios de equitación, organizar excursiones á caballo á algunos puntos lejanos de la ciudad, formando para ellos cuadrillas de ginetes.

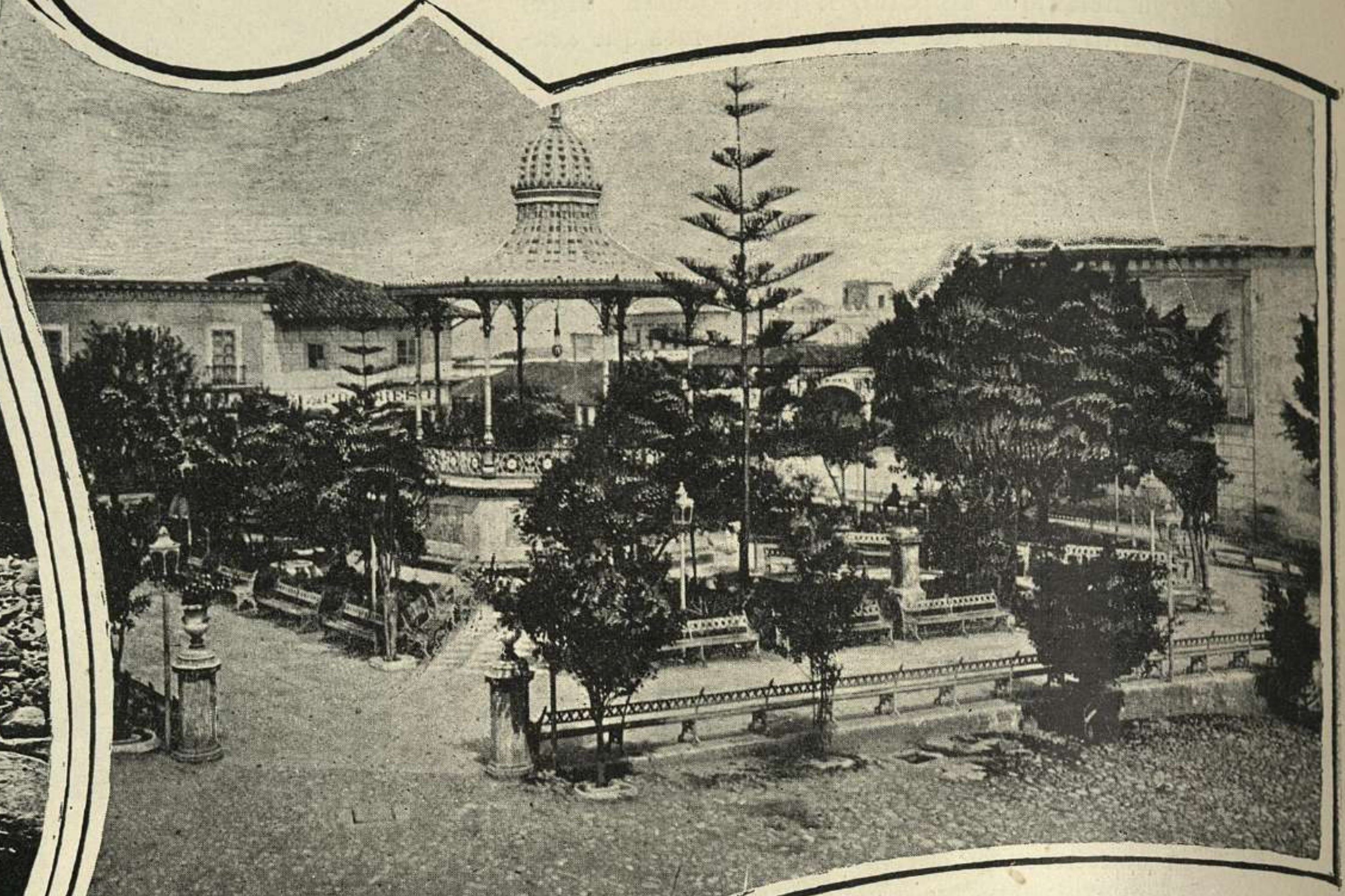


Vista tomada en el salón del baile.

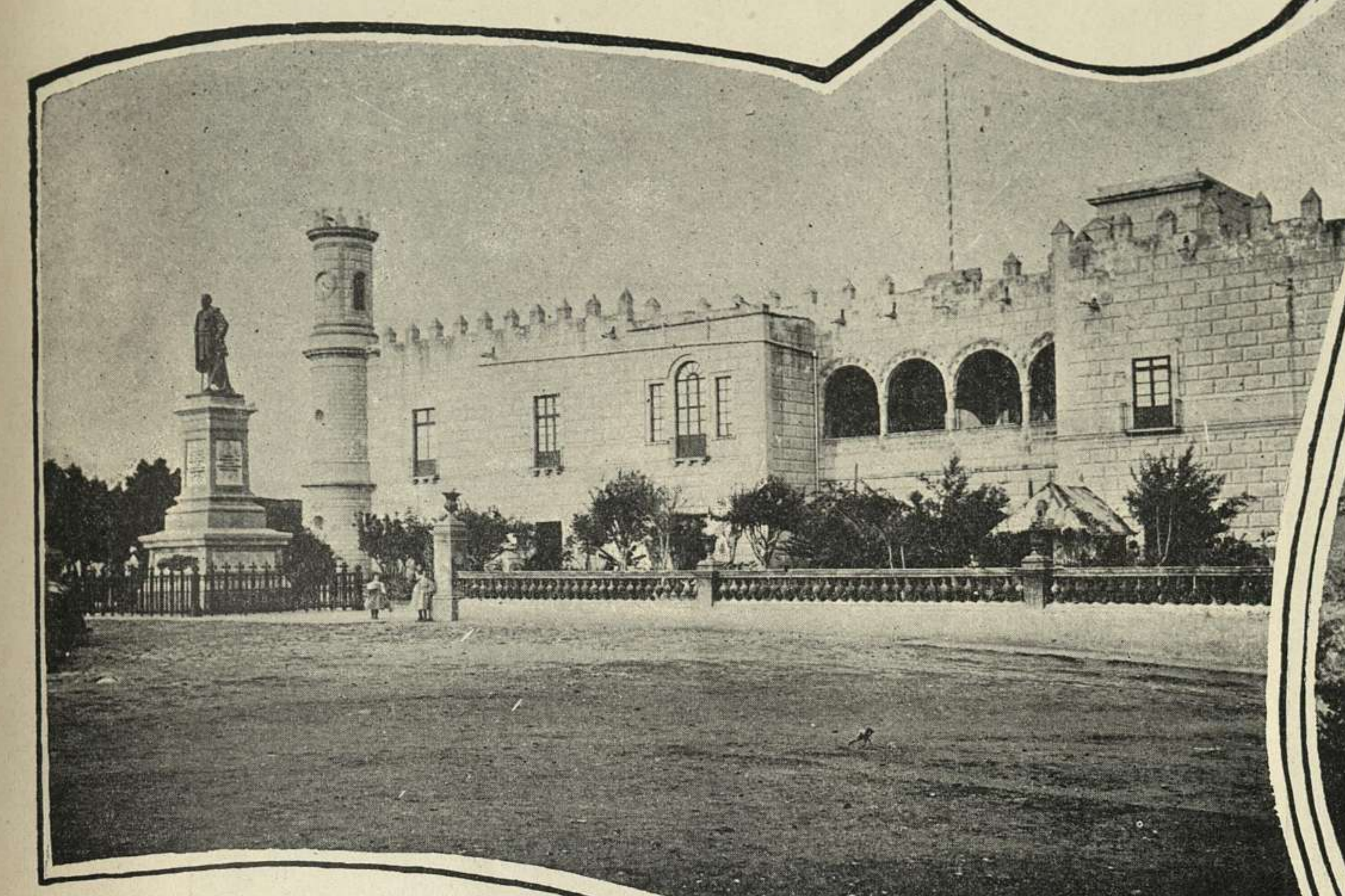
CUERNAVACA ANTIGUO Y MODERNO



RIO DEL POLLO



JARDIN BENITO JUAREZ



PALACIO DE CORTES EN CUERNAVACA



SALTO DE SAN ANTON

Nada más propio para formar un variado paisaje, que las vistas panorámicas y las de los principales monumentos históricos que guarda en su seno la ciudad de Cuernavaca, que es ahora centro de distracción de capitalistas del país y de numerosos extranjeros que vienen atraídos por las bellezas de nuestro suelo.

Cuernavaca cuenta con su historia escrita en piedra, en diversidad de monolitos, que conservan la fecha de la conquista por Hernán Cortés; con monumentos religiosos que se remontan en su fundación a la época de la misma conquista; con edificios que sirvieron de alojamiento a dos personajes célebres en la historia nacional, como el mismo Cortés y el Archiduque Maximiliano de Hapsburgo; con monumentos religio-

sos, como el que se yergue en la actual Plaza de Cortés, antes El Calvario, consistente en un arco de primera calidad en su construcción arquitectónica, elevado en la citada plazuela del Calvario en el año de 1538 y reconstruido en 1895. En el centro del arco está una imagen de la Guadalupeana, en piedra, siempre llena de ofrendas florales que los fieles indígenas depositan diariamente a la que llaman su patrona. Al pie de la escultura están depositadas las cenizas de un descendiente del conquistador, hijo natural de éste, según afirman todos los documentos históricos. El arco de que hacemos mención, es lo primero que se destaca a la vista de los viajeros que penetran a la ciudad de Cuernavaca por el lado norte de la población.



CASA DE MAXIMILIANO EN ACAPANTZINGO



CASA DE MAXIMILIANO EN EL PUEBLECILLO DE ACAPANTZINGO



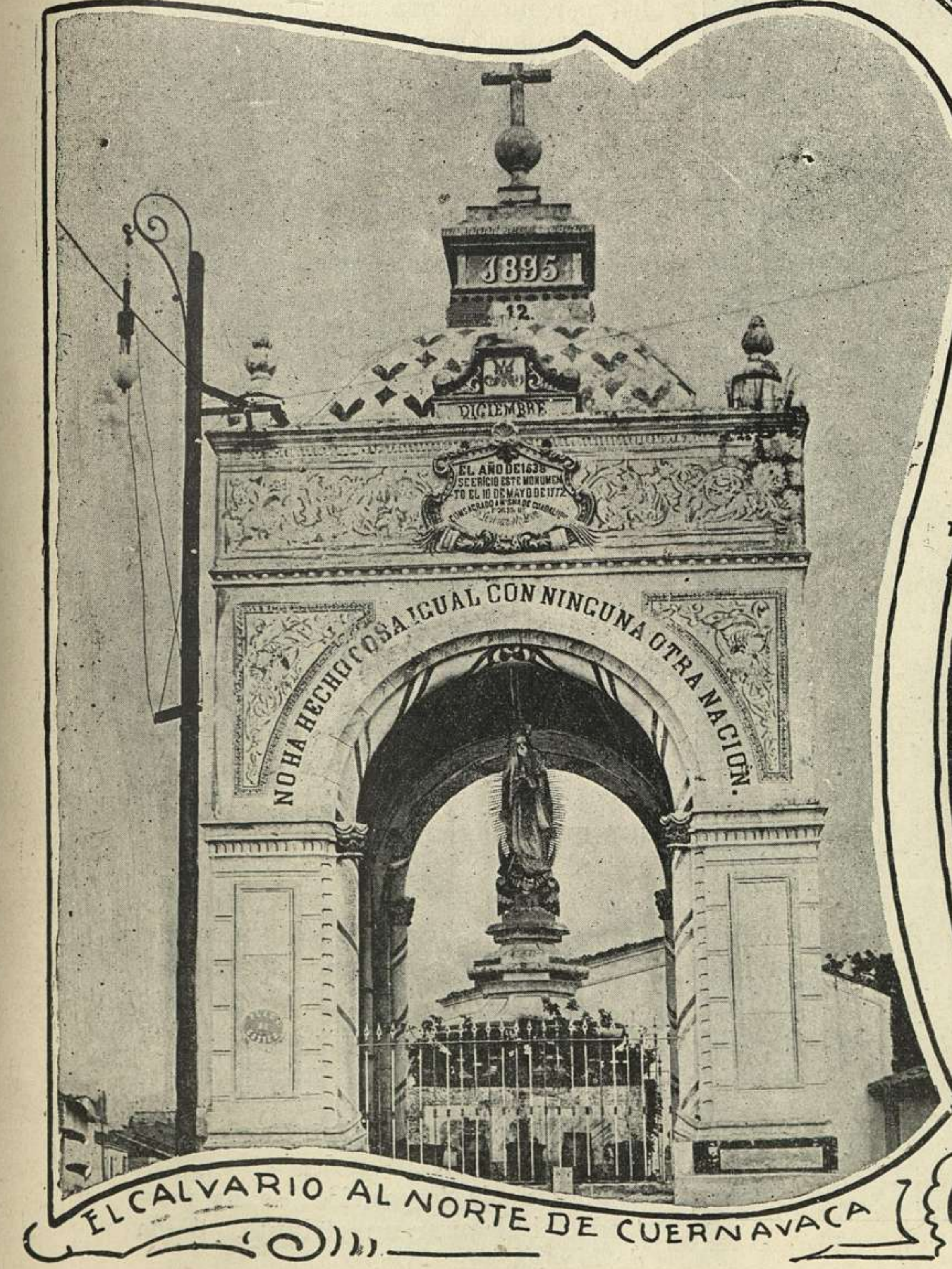
CAPILLA DE LOS DOLORES IGLESIA DE SAN FRANCISCO



IGLESIA DE SAN FRANCISCO CONSTRUIDA EN EL SIGLO XVII



HUERTA DE ATLACOMULCO



EL CALVARIO AL NORTE DE CUERNAVACA



PANORAMA Y PAISAJE DE CUERNAVACA TOMADAS DESDE UN LOMERIO CERCANO



RIO DEL POLLO

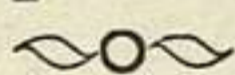


Muestras de productos.



Azúcares, tabacos y otros artículos.

Cuba en la Exposición de París.



El gobierno de Francia no creyó prudente invitar á la Isla de Cuba á tomar parte en el gran certamen, y tal vez por esta circunstancia se discutió mucho si deberían concurrir con sus productos; pero vencida la oposición, el Presidente de los Estados Unidos dispuso, en 7 de Diciembre de 1899, ceder una parte del terreno de que disponía en el Palacio del Trocadero para que Cuba asistiera á la Exposición.

Se nombró una comisión que desarrolló gran actividad en la Habana, se llevaron á París todos los productos posibles y se erigió un pabellón estilo "Renacimiento," obra del artista cubano Don Armando Menocal.

El tabaco, el azúcar, los vinos de Cuba, los mármoles de la Isla de Pinos, las colecciones de Historia Natural de la Academia de la Habana, productos médicos y diversas industrias nacientes en Cuba, hallaron gran acogida en los jurados internacionales que otorgaron un verdadero triunfo á la mencionada Isla, al concederle cerca de trescientos premios, desde medallas de oro hasta menciones honoríficas.

Además de los productos naturales y de las industrias dadas á conocer, se exhibieron algunas obras de arte. Entre éstas llamó mucho la atención un hermoso cuadro del pintor cubano Sr. Rougmanac; se titula "La convaleciente," y mereció un segundo premio.

En todos los gastos, Cuba empleó la suma de \$25,000.

La mayor dificultad con que los cubanos tropezaron, cuando ya estaba



Departamento de industrias.

decidido que concurrirían al certamen, fué la oposición del gobierno francés para que se izara en el pabellón del Trocadero la bandera de Cuba, por no ser aun una República, y más que todo por el temor de que España se diera por ofendida; pero esta dificultad, que nunca tuvo las proporciones que le dieron los distintos servicios cablegráficos, quedó arreglada y se logró al fin que sobre la fachada del elegante edificio flameara la bandera de la estrella solitaria.

En cuanto á los temores de que España se diera por ofendida, resultaron tan infundados, que el Duque de Sexto invitó á los comisionados cubanos á la apertura del pabellón español.

Que todos los mercados del mundo, y como su eco y autorizado representante, el Jurado de la Exposición de París, hayan decretado un triunfo completo para los expositores cubanos, no puede llamarnos la atención á los que conocemos la grandes riquezas naturales de la "Perla de las Antillas," si no es por el hecho de haber sacado sus preciosas muestras y sus más ricos ejemplares, de entre las ruinas que hicieron los cañones americanos, de entre los campos cubiertos de escombros y cadáveres y de entre las cenizas de los valiosos ingenios que devoró la tea incendiaria de los combatientes.

Cuba disputando un puesto entre las naciones civilizadas para exhibir sus riquezas; Cuba trabajando sin descanso por que el pabellón de la "Estrella solitaria" ondeara en los campos de la Exposición, se ha mostrado, al alcanzar un triunfo, digna de ser nación libre.



Remate en la fachada del pabellón americano.

LOS ESTADOS UNIDOS.

Veintidós, de los veintitres pabellones de la calle de las Naciones, tienen una arquitectura característica del país que les ha hecho construir.

El duodécimo tercero es el de los Estados Unidos, cuyo estilo está inspirado en el de los Panteones Romanos. La gran República vecina nuestra, ha perdido allí una hermosa ocasión de demostrar al mundo Europeo, que posee una arquitectura nacional. Seguramente que no podía elevar al borde del Sena un inmueble que tocara el cielo, un "sky-scraper" de veinticinco pisos. Pero, ¿por qué no haber construido, en el recinto que se le otorgó, alguno de esos "cottages" de esas residencias de las "country-seats," de las emanaciones de arte tan nuevo y tan fresco que surgen de distancia en distancia entre las villas Italianas y los castillos góticos, en los barrios ricos de Nueva York y de Filadelfia, de Saint-Paul, en los campos circunvecinos, sobre las playas de los mares y sobre la ribera de los lagos ó, más aún, por qué no haber reproducido en reducción algún edificio, como el Instituto Artístico de Chica-

go, la Biblioteca pública ó la Bolsa de las maderas de construcción Minneapolis, de color tradicional, sin máscara arquitectural que disimule el destino de las diversas partes de la construcción? pero no, el arte de los Richardson, de los Burnham y de los Root, no ha parecido bastante consagrado, bastante oficial, bastante pomposo, bastante triunfador, demasiado imperial. Aquel es un arte de elegancia, nueva utilitaria, austero y robusto á la vez, sin recargo de ornamentación. Se necesitaba una masa majestuosa sobre la cual se pudieran desplegar los dorados; era precisa una esfera sobre la cual pudiera posar el águila americana de las alas extendidas; era precisa una cúpula para soportar esta esfera y un maciso cubo para soportar esta cúpula. Los arquitectos encargados del pabellón de los Estados Unidos tuvieron misión de recomenzar sobre las orillas del Sena, la obra de uno de sus antecesores, que construyó el Capitolio de Washigton. Y se dedicaron á ella concienzudamente.

Igualmente se puede decir que todo el efecto está en el exterior. Franqueado el umbral que decoran pobres pinturas alegóricas, se encuentra el visitante en una sala de los pasos perdidos, de piso revestido de higiénico linoleo. Los balcones que rodean la sala á diferentes alturas, aseguran la circulación á través de cada piso. Las salas sirven de oficinas, de salones, de fumadores, de salas de lectura para los comisariatos de los diferentes Estados de la Unión y de las diferentes secciones americanas de la Exposición.

La sala principal, que tiene por principal ornamentación un grupo de caballos encabritados, se ilumina casi todas las noches para recepciones mundanas. Los diamantes de las americanas, la belleza de sus espaldas y el brillo radioso de su tez, hacen entonces olvidar la deficiencia un poco descuidada del decorado.

eclipsar el domo americano? ¿la media luna no iba á dominar al águila? El comisariato general de la Exposición tuvo conocimiento del asunto. Los trabajos se suspendieron. El ingeniero encargado de la sección turca tuvo que corregir sus planos, disminuir la altura de los techos, etc., etc. Con todo, el pabellón turco no perdió nada, y el americano nada ganó.

Bajo el hermoso decorado arquitectural realizado por el ingeniero francés que construyó el referido pabellón turco, ¿qué podía poner la Turquía?

Tapices incomparables, armas, juguetes, tesoros de las Mil y una Noches... Las guías señalan, en efecto, la existencia de una exposición de productos de la manufactura de Héréké y de un museo de arte industrial oriental. Y es incontestable que hay salones ocupados por estas colecciones. Pero no hay que esperar descubrirlos. ¿Dónde está la puerta? Por todos lados no hay sino letreros: Teatro Sirio, Concierto del Bósforo, Danzas del Asia Menor, Esgrima de sable, Teatro Armenio, la Vida del Oriente, Panorama de Jerusalem.

Diez escaleras exteriores ó interiores, conducen á esta clase de espectáculos. Además, he aquí los restaurants, las cantinas donde se gusta el raki ó los vinos orientales, bazares en los que alguno que otro objeto de valor real, se pierde en un desbordamiento de baratijas: cobres, filigranas, bordados, sederías, tapices de tonos crudos. Por todas partes reina el olor del papel Armenio. Por todas partes las músicas monótonas acompañadas de la eterna danza del vientre. Y por todas partes el visitante es obsesionado por las invitaciones de los infatigables empresarios de las cantinas, de los bazares y de los teatrillos.

..... Y he allí toda la participación oficial de Turquía en la Exposición.



Pabellón de la Turquía.

TURQUÍA EN LA EXPOSICIÓN.

El pabellón de la calle de las Naciones, erizado de cúpulas y sobre el cual flota la bandera otomana, es un pabellón oficial bien extraordinario. El arquitecto encargado de él, construyó un edificio de color local impecable, de murallas blancas estriadas de cornisas en colores, salpicadas de frisos y de grabados en mosaico esmaltado, de techos y pináculos recargados de dorados, con celosías cerradas por vidrios de todos los tonos. El conjunto, de hermoso aspecto. Cuando este palacio empezaba á orearse, el arquitecto del monumento vecino, que es el de los Estados Unidos, se inquietó seriamente. ¿No iba la cúpula turca á



Un bazar en el primer piso del pabellón Otomán.

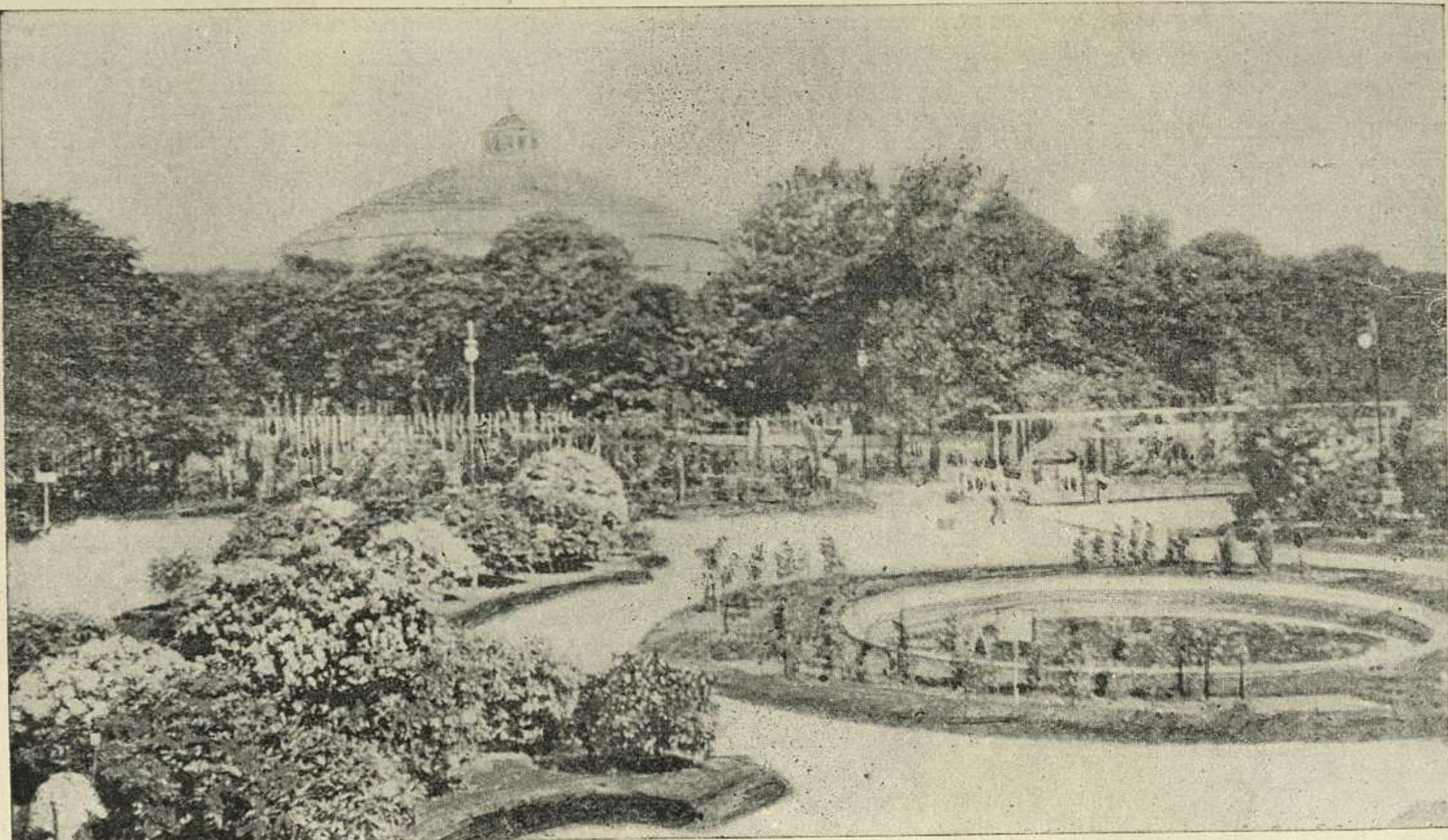
Pabellón de la horticultura

Si la Francia es una de las principales naciones agrícolas del mundo, se puede decir sin pecar de exageración, que aquel país está á la cabeza de todas las naciones respecto á la horticultura.

En efecto, la cultura de las plantas, flores, árboles frutales y arbustos ornamentales, es general en Francia y llevada á un grado raramente alcanzado por otros países. Hay que confesar, ciertamente, que las disposiciones climatológicas de aquel suelo entran un poco en los resultados obtenidos, y si Francia ha conseguido hacer vivir en su territorio un número incalculable de vegetaciones originarias de las cinco partes del mundo, se debe á que posee tres climas, fresco en el Norte, templado en el centro y tórrido en el medio día; y así se han podido aclimatar progresivamente flores y arbustos que no soportarían transiciones bruscas.

Era, pues, muy natural que se diera un largo espacio á las exposiciones hortícolas francesas, y gracias á la feliz idea de emplear estas exposiciones para ornar los jardines de la gran Exposición de 1900, los horticultores franceses pudieron medirse con sus colegas extranjeros.

Hay que convenir en que bajo muchos puntos de vista y en diversas especialidades, otras na-



Jardines del gran Palacio.

árboles frutales y las frutas. La clase 46 reúne todos los arbustos de ornamentación, mientras que las plantas de invernadero forman la clase 74; en fin, la clase 48 está reservada á las semillas y á los granos.

Cuando se trató en Francia de confiar la organización de esta importante exposición, fué á Mr. Viger, antiguo Ministro de Agricultura, presidente de la Sociedad de Horticultura, á quien se designó para presidir. Entre las exposiciones hortícolas, algunas tienen necesidad de estar abrigadas, tales como las plantas de invernadero, plantas exóticas ó flores indígenas que han sufrido un cultivo forzoso; era, pues, absolutamente necesario proveerse de palacios de vidrio capaces de encerrar todos los concursos de la Exposición de 1900.

Estos invernaderos fueron elevados á los bordes del Sena, en Cours-la-Reine, es decir, en la calle de París, pues es así como se designa la parte de Cours-la-Reine que está encerrada en la Exposición; dan el frente á la puerta central de la calle de las Naciones, y ocupan un espacio de cerca de trescientos metros de longitud.

Los invernaderos están divididos en dos grupos ó cuerpos de construcción separados por un largo espacio de 70 metros de largo.

Cada uno de estos dos grupos se compone de una gran nave vitrada flanqueada de bas-cotés que forman siete departamentos, los que terminan por "bow-windows," que á su vez forman por fuera una serie de coquetas salidas que rompen la monotonía ordinaria de las construcciones vitradas; cada tramo tiene 8 metros de largo, mientras que la gran nave mide 62 metros de largo sobre 33 de ancho.

Un cuerpo vitrado así mismo, de 10 metros de largo, liga la gran nave á una más pequeña que termina cada gran nave del costado opuesto á la plaza central y le sirve, por decirlo así, de vestíbulo. Este pequeño invernadero mide 24 sobre 19 metros.

Estos invernaderos están destinados á contener concursos temporales de cinco días de duración y consagrados, ya á las plantas de invernadero, ya á las flores anuales de la estación.

En los bas-cotés están alojados los concursos



Una palmera en la avenida Nicolás II.

ciones obtuvieron hermosos triunfos, dejando siempre la palma para el conjunto de los horticultores franceses.

La horticultura forma el grupo VIII de aquella exposición y no cuenta con menos de seis clases, cuya repartición nos parece oportuno dar á conocer: la clase 43 está consagrada al material hortícola, la clase 44 á las plantas comestibles, mientras que la clase 45 encierra, á la vez, los



Chalet rústico.

de flores en arbustos pequeños, mientras que las pequeñas naves que les sirven de vestíbulos encierran las exposiciones de árboles frutales forzados, cargados de sus frutos, con frecuencia madurados á "contra-estación."

Los invernaderos de la sección francesa, abrigarán sucesivamente durante la Exposición doce series de concursos, el séptimo de los cuales se abrió el día 8 del presente mes.

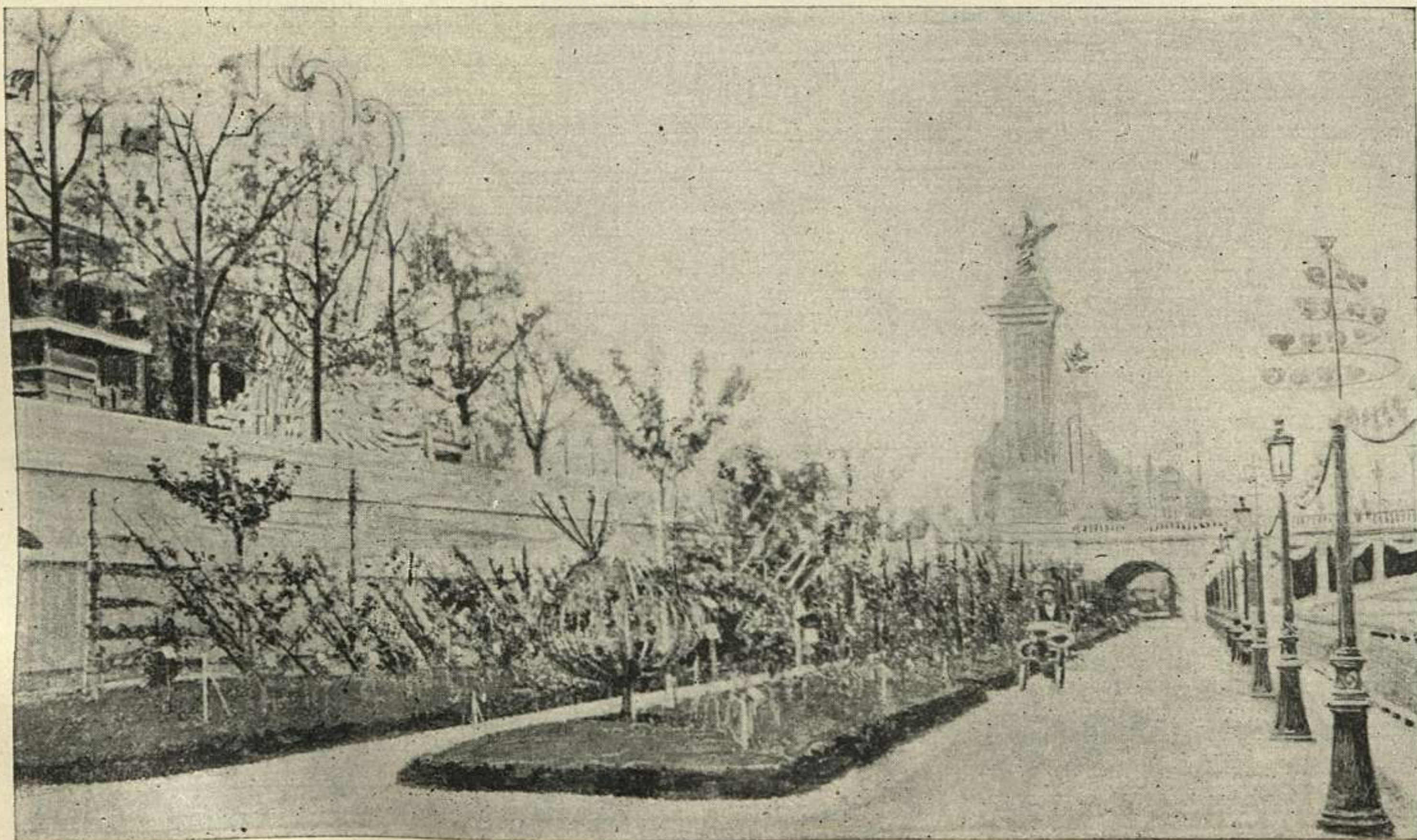
La parte de invernaderos situados del costado del Palacio del Congreso, está, por el contrario, reservada á las exposiciones, ya sean permanentes ya temporales, de las naciones extranjeras.

Si se pasa á las exposiciones en pleno aire, no son horas, sino días lo que sería preciso consagrar á dicha visita: por todas partes donde se encuentra libre algún espacio y fuera de las vías de comunicación, prados y camellones ofrecen al público todas las rarezas y todas las maravillas de la horticultura.

Desde que ha franqueado la puerta monumental, el visitante se encuentra en medio de un jardín delicioso, en el cual cada planta ó arbusto ha sido proporcionado por un expositor.

EL MONUMENTO DE CUAUHEMOC EN LA CALZADA DE LA REFORMA.

Habiendo recibido numerosas felicitaciones por el grabado del "monumento de Cuauhtemoc" que publicamos en nuestro número anterior, nos es grato hacer saber á nuestros lectores, que la mencionada ilustración la tomamos de la hermosa obra monumental, "México, su evolución social," que están editando los Sres. J. Ballezá Sucs.



En el Puente "Alejandro."

Cuentos Nocturnos.

VIBRACIÓN ETERNA.

I

Detente y calla Magdalena; calla; mira que ya no la veo, mira que se va, que se pierde desvaneciéndose en lontananza esa mujer que canta á mi oído la canción más triste. ¿Sabes quién es esa mujer, Magdalena? Es el Arte, el Arte que viene á modular junto á mí la vibración eterna, la vibración que no puede olvidarse ni aún en la tumba misma cuando se ha oído una vez; porque está en la materia, y la materia no es la nada, la materia es inmortal y en cada átomo que del sepulcro se escapa para fecundar organismos nuevos, vibra el canto que escucho á cada instante y que quiero que el mundo escuche también. ¿No lo has oído tú, Magdalena? ¿No lo has oído, triste y vago sonar con esa cadencia extraña, que tienen los latidos del corazón cuando nos presagian alguna desventura?

Y Lorenzo, con la pupila clavada en los cristales de su ventana, al través de los cuales se veía el horizonte nebuloso y triste, con el violín en una mano y la otra hundida en su larga y revuelta cabellera negra, parecía seguir ansioso con la mirada, algo que se iba perdiendo allá lejos, muy lejos, entre las nubes que se amontonaban lentamente sobre las cumbres de los oscuros montes.

Lorenzo buscaba la nota que en sí condensa los gemidos todos y todas las plegarias y maldiciones que hace brotar la desesperación á los labios.

II

Magdalena y Lorenzo, se encontraron una noche de invierno lluviosa y destemplada. El tocaba el violín por un mendrugo de pan y por un mendrugo de pan ella cantaba.



Desde aquella noche no volvieron á separarse nunca.

Así llegaron á la juventud; él adquirió la hermosura del genio, sombría como el suyo; ella la belleza de la abnegación, como la suya, melancólica y severa.

Magdalena era el único ser que cuidaba del pobre loco, que así llamaban á Lorenzo todos. ¡Loco!... sí; ¿no es en la tierra todo lo inexplicable, una locura?

¡Pobres almas las de Lorenzo y Magdalena, nacidas para cruzar solitarias, cogidas de la mano por el mundo! ¡Pobres corazones que por el arte se amaron y por el arte se unieron y que en el arte buscaban afanosos la realización de esperanzas imposibles y de quiméricos ensueños!

III

Una noche se presentó Lorenzo en la alcoba de Magdalena.

En los ojos del mancebo brillaba un fuego extraño, los amoratados círculos de que estaban rodeados, daban vigor sombrío al pálido color de sus mejillas, y sus cabellos negros caían en desordenados rizos sobre el marfil amarillento de su frente.

Magdalena se incorporó en el lecho. El la detuvo extendiendo la mano, y permaneció inmóvil, en actitud del que escucha.

—¿No la oyes, Magdalena?... ¡Ay! mi violín es impotente para imitar esa queja. La voz humana, sólo la voz podría... Y Lorenzo enmudeció. Después continuó así:

—Magdalena mía, voy á procurar reproducir ese canto; tú lo escucharás atenta, muy atenta; y cuando el espíritu del Arte que flota en torno nuestro se apodere de tu espíritu, tú cantarás y yo te seguiré y encontraremos al cabo la nota eternamente triste, que sólo para el alma vibra y que el alma tan sólo ha podido oír hasta hoy.

Y el violín sonó, remedando primero un murmullo como de abejas, débil zumbido que creció y creció hasta estallar en explosión de notas y amenguó después y fué una cadencia nomás, triste, monótona, dolorida; plegaria de mujer que sube al cielo; y se oyó después algo que parecía chocar de copas mezclado á carcajear sarcástico y burlón, como de orgía.

Magdalena se había levantado; sus pies desnudos, blancos, resaltaban sobre el obscuro pavimento de la estancia; sus brazos se cruzaban sobre su seno palpitante, y su mirada parecía perderse en el espacio.

De improviso, su voz dulce y gemidora se mezcló al sonido del violín de Lorenzo, no menos dulce y gemidor en aquel instante.

Y el timbre de la voz y las ondulaciones de la cuerda herida por el arco, formaron una sola cadencia, tan llena de melancolía y desesperación, como melancólico y sin esperanza es el adiós que damos, niños, aún, á las primeras ilusiones que emprenden el eterno viaje.

La nota aquella fué haciéndose más y más aguda, y cuando casi era un grito, de esos que en el fondo del alma nacen y que en el fondo del alma mueren sin llegar á escapar nunca de lo que fué su cuna y su sepulcro; Lorenzo sin dejar el arco murmuró á media voz, con acento ronco y trémulo:

—¡Al fin! ¡Esta, esta es la nota!... Se oyó el crugido seco de algo que se rompía, y la cuerda del violín que en aquel momento vibraba, estalló enrosándose como una serpiente, y Magdalena, pálida y rígida, se desplomó por tierra.

Lorenzo quedó inmóvil, mudo, con la estupidez atónita de la desesperación retratada en el semblante.

Después se arrodilló junto á Magdalena, la sostuvo en sus brazos, la volvió al lecho, y besando sus pies desnudos, fríos como el alabastro, rompió en desconsolador y tristísimo llanto.

IV

Cuando Magdalena despertó de aquel sueño sombrío como el de la muerte, no pudo reconocer á Lorenzo que con voz cariñosa la llamaba.

Magdalena permanecía en silencio muchas horas; de improviso modulaba bajo, muy bajo, una canción monótona y extraña y la interrumpía y á empezarla tornaba, hasta que al fin, moviendo la gentil cabeza de un lado á otro, como el que no consigue encontrar lo que afanoso busca, volvía á caer de nuevo en su aterrador mutismo.

¡Magdalena estaba loca!

V

Vinieron días muy tristes, días sin sol, de esos

en que el mundo parece una tumba, y las pardas y revueltas nubes que amontona el viento en el espacio, semejan el puñado de tierra que alguna mano invisible arroja sobre el que yace en el fondo de aquella fosa, en señal de adiós eterno.

Los tiestos que adornaron la humilde ventana de Magdalena, estaban rotos y sin flores. El canario que el día de su santo le regaló Lorenzo, y que con sus alegres trinos la despertaba cuando lucía apenas la aurora en el Oriente, había muerto de hambre y frío una de aquellas nebulosas mañanas.

También una mañana murió Magdalena, y era la mañana más nublada, más fría, más triste de todas las mañanas de aquel invierno.

Aquella vez Magdalena había cantado y ni una sola vez interrumpió su canto.

¡Qué cantar el de Magdalena tan lleno de melancólica ternura!

—Magdalena, amada mía,—dijo Lorenzo ahogando sus sollozos—¿por qué cantas así?

Ella clavó en él sus ojos grandes y negros en los que al fin brillaba un rayo de razón.

—Calla—murmuró sonriendo—calla; es la nota eternamente triste la que voy á modular, Lorenzo mío, es que me alejo y no quiero que olvides nunca mi último adiós!... Y siguió cantando, y fué su voz cada vez más débil, hasta que se extinguió en el mundo con su vida y se perdió en el cielo con su espíritu!



VI

El cuerpo de Magdalena reposó en el rincón más solitario y humilde del cementerio del lugar.

Cuando el reloj del viejo campanario anunció la media noche, los que cerca del camposanto vivían, creyeron oír confundidos á los largos gemidos del viento que azotaba las ramas de los cipreses, el sonido de un violín.

Interminable y amarga y gemidora fué aquella sonata....

El sepulturero encontró al siguiente día las huellas de un cuerpo humano impresas en la húmeda y removida tierra de la tumba de Magdalena, y diseminados aquí y allá en torno de él, los fragmentos de un violín ennegrecidos por el barro.

Ninguno desde entonces volvió á ver á Lorenzo.

José Peón del Valle.



EL AMOR LLAMANDO Á LA PUERTA.